

Primeros
lectores



Existen muchos **animales** y cada uno con su **particularidad**. Aunque la protagonista de esta historia sufre porque no encuentra su lugar. Ella quiere **ayudar** a los demás, pero no logra **llegar a tiempo**. Entonces, ¿qué rol jugará en el reino animal?



En esta **fábula moderna** Esteban Cabezas nos invita a conocer nuestras **fortalezas** y valorar las **diferencias**.

165228

ISBN: 978-956-349-871-4



INCLUSIÓN



HUMOR



AMISTAD

22



EL BARCO
DE VAPOR

La Tortulenta

Esteban Cabezas

LA TORTULENTA • ESTEBAN CABEZAS



sm

Ilustraciones de Pato Mena



En el lejano sur de Chile hay muchos animalotes y animalitos, muchos arbolotes y arbolitos, muchos pájaros y además pajaritos. Pero también hay súper héroes y mini súper héroes.

Veamos algunos ejemplos.



En la playa, o por ahí cerca, están Súper Jaiba y su fiel ayudante Erizo Negro, que pellizcan y pinchan a los villanos.



Más al interior, o más lejos del mar, que es lo mismo, está Súper Chingue, que es el zorrillo chileno. Me imagino que sabrán cuál es su arma secreta. Puf.





Y si prestan atención, en el bosque podrán escuchar a Súper Pájaro Carpintero, que picotea y picotea sin parar.

Pero el más grande es Súper Puma, que no es un gatito sino un gatote. Por lo mismo, jamás pienses en hacerlo tu mascota. No, no, no. Come mucho y con sus garras no araña solo el sofá. Brrr.



Pero hay una que quiere ser súper, pero de súper solo tiene que es súper lenta... de lo que se llama lenta. Y esa es la tortuga.

¡Ay, qué tragedia para la tortuga! Solo quiere ayudar, pero no puede. No le resulta.



Una vez escuchó discutir a dos escarabajos que se peleaban por una hoja.

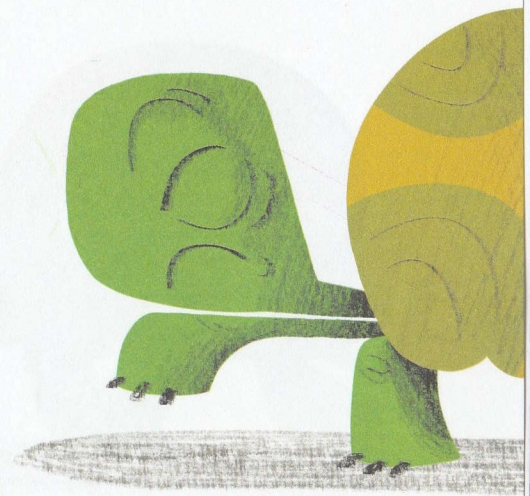
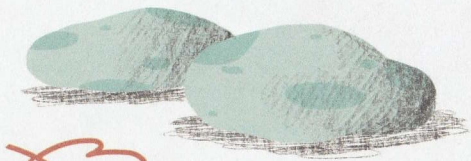


Se peleaban para comérsela. ¡Una hoja!
¿Lo creerán? Ay, escarabajos lesos.

Y la tortuga, que era vieja y por lo mismo bastante sabia, quería decirles «Escarabajos, hay hojas de sobra en el bosque». Y partió corriendo donde ellos.



Corrió y corrió y corrió.



Y corrió y corrió y corrió.





¿Y saben qué? Corrió y corrió y corrió.



Cuando llegó, los escarabajos estaban tan viejitos que se habían hecho compadres y ya se habían comido todas las hojas a su alrededor.

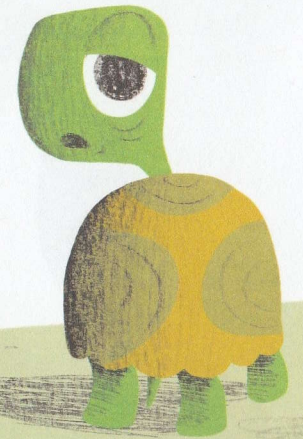
Pobre ella, la tortuga. Quiso ayudar pero llegó tarde.



Días después la tortuga escuchó una gran discusión, pero en un volumen bajito, casi en *mute* como el televisor. Era una pelea entre moscas. Zum, zum, zum.

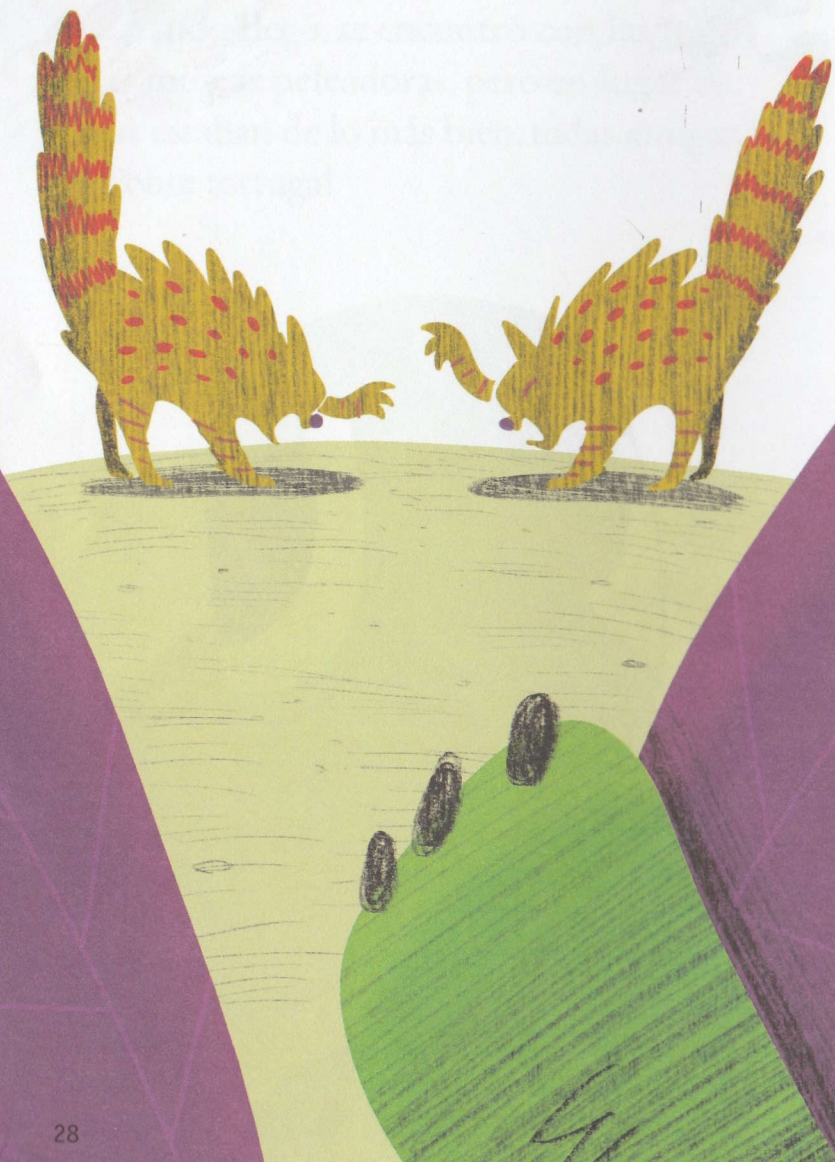


La tortuga entonces pensó en decirles a las moscas que su vida era muy corta. ¿Lo sabían? Y que como viven muy pocos días no tienen que perder su tiempo peleando. Y partió corriendo a decirles esto.



Cuando llegó, se encontró con las nietas
de las moscas peleadoras, pero en lugar de
pelear estaban de lo más bien, todas amigas.
¡Pobre tortuga!





Pobre, pobre ella.

Al otro día escuchó a dos gatos colocolo, que no es lo mismo que el equipo de fútbol, sino lo que los científicos llamarían *Leopardus Colocolo* (los científicos hablan muy raro). El caso es que gruñían y sacaban las garras como creyéndose Súper Puma.

Esta vez, la tortuga pensó que si iba donde ellos podía terminar de almuerzo (era lenta, pero no tonta). Y arrancó a velocidad de tortuga, ja.

Hasta que sintió una zarpa sobre su caparazón.

Si no hubiera tenido la sangre fría habría sentido un escalofrío. Así que sintió un escalotibio.

—Hola, tortuga —dijo uno de los gatos colocolo.

—Hola, gatito —respondió muy canchera la tortuga.

—Hace tiempo que te tenemos echado el ojo.



—¿Hace cuánto tiempo, cuchito?
—preguntó la tortuga haciéndose la cucha.
—Hace días atrás, cuando estábamos
peleando te vimos arrancar —comentó el
otro gato.



—Y de tanto mirarme no vieron el nido
lleno de ricos huevos que está en ese árbol.
—¡¿Cuál?! —dijeron los dos a la vez.





—Seré lenta, pero pilla —dijo la tortuga desde el interior de su caparazón.
—Seremos tontos, pero tenemos paciencia.
—Nunca más paciencia que la mía. Buenas noches. Chao, pescao —se despidió la tortuga.

—Buenos días, querrás decir —corrigió uno de los felinos.

—Es que aquí adentro es de noche.
Bye, bye.

Y como afuera hacía frío, la tortuga aprovechó de hibernar.





Durmió y durmió y durmió.

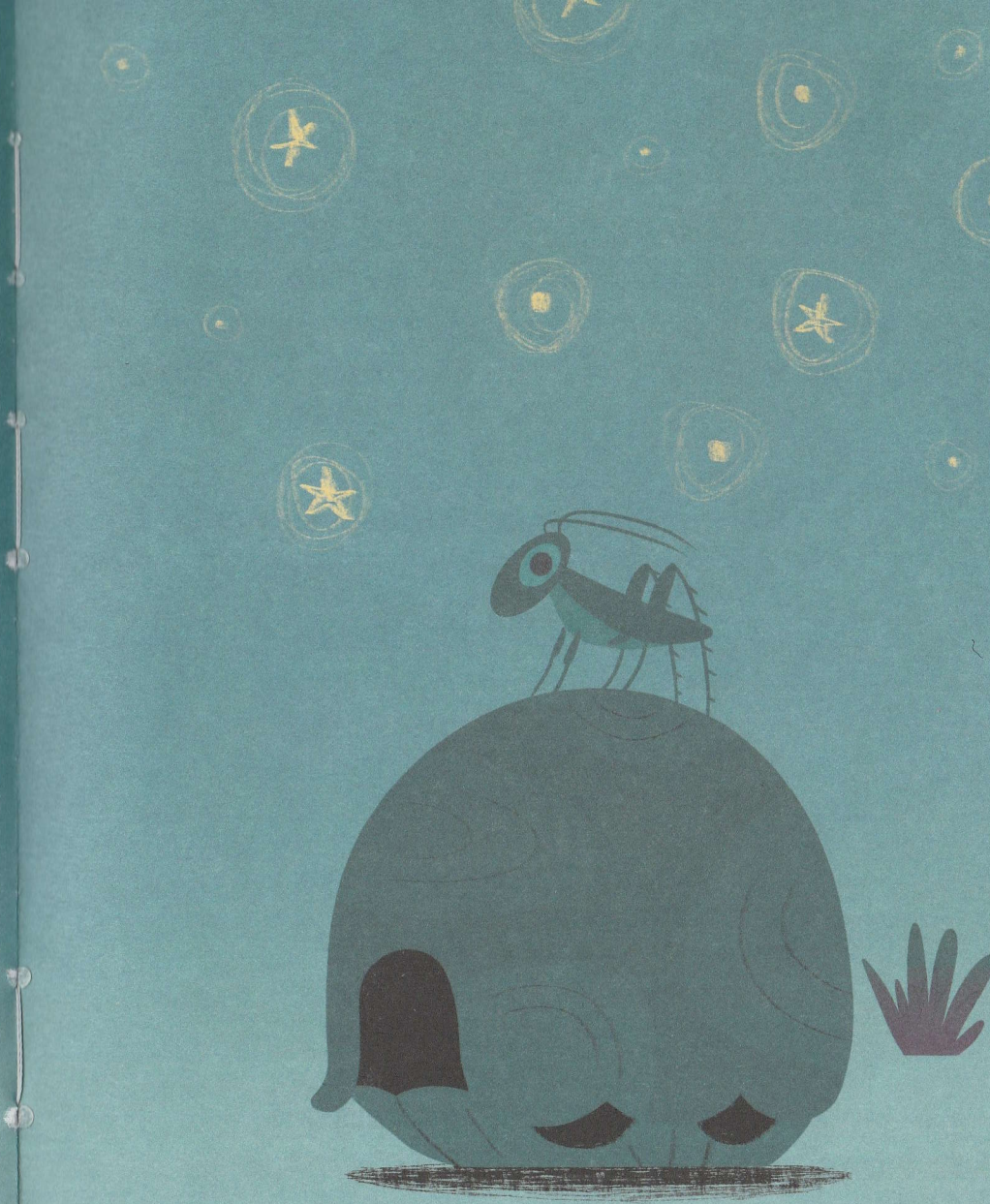
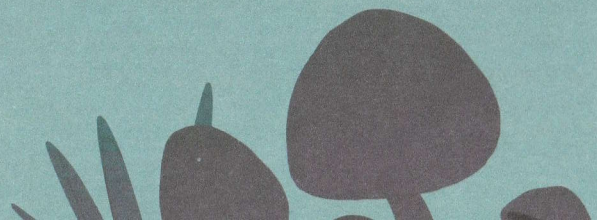


Y durmió y durmió y durmió.





¿Y saben qué? Durmió y durmió y durmió.





Y en medio de sus sueños la tortuga pensó en algo: que si ella era tan, pero tan lenta,



no le convenía correr, pues por más que corriera siempre iba a llegar tarde.



Cuando asomó su cabeza, semanas después, los gatos ya no estaban. «Pero qué impacientes», pensó la tortuga, antes de llevar a cabo el plan que se le ocurrió en la paz de su caparazón.





Juntó piedritas y semillas para hacer un círculo. Y lo hizo len-ta-men-te, obvio.

Se instaló al medio de esta circunferencia, respiró profundo y desde ese instante dejó de correr.

Un día vio al zorro culpeo y se escondió lentamente (con el susto que le dio, encontró que demasiado lentamente).

—Hola, tortuguita —dijo el zorro.

—Hola, zorrito.

—¿No quieres salir a conversar?

—No. Hace mucho calor allá afuera

—dijo vivaracha la tortuga.



—Pero tú tienes la sangre fría.

—Igual Pascual. Prefiero quedarme adentro. Desde aquí puedo conversar perfectamente.

—Pero a mí me gusta conversar mirando a los ojos —rezongó el zorro.



—Qué amoroso, zorrito. Ahí te podrás quedar esperando toda una vida. Mientras tanto puedes ver el paisaje, que es muy lindo, según dicen.

—Ah, eres muy lista. Igual prefiero conversar contigo porque el bosque puede ser un lugar muy aburrido...

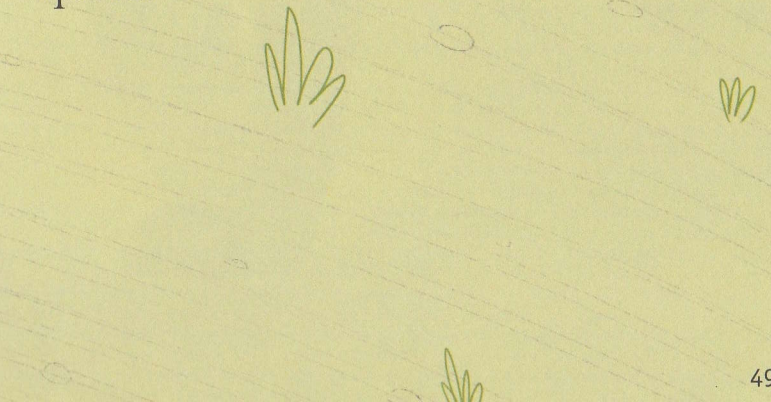


—¡Cómo que aburrido! Si hay cientos de animales e insectos, unos buscando comida y otros buscando comerme. ¿Cómo puedes opinar que es aburrido? —dijo la tortuga.

—Es que a veces me canso de ser zorro.

—¡Pero si eres muy rápido!

—Es cierto... aunque vivo menos tiempo que tú.



—¿De qué me sirve vivir tanto si soy súper lenta?

—¿No se supone que por lo mismo eres más sabia que los demás? —dijo el zorro.

—Es que nunca puedo ayudar al resto; siempre llego tarde...

—Lo que tienes que hacer es lograr que los otros vengan hacia ti y no al contrario.

—No es mala idea —aceptó la tortuga.

—De nada. Ahora asómate y sigamos la conversa.

—Ja, ja, ja, nunca. Pero si quieres algún consejo te lo doy gratis.



—Está bien. ¿Por qué crees que los humanos me persiguen? —dijo el zorro.

—¡Qué pregunta más difícil! Los humanos son incomprensibles. A veces cuidan el bosque, otras lo cortan y lo queman... A veces ensucian el río y lo dejan asqueroso, y ya nadie puede nadar en ellos.



¡Y qué decir del cielo! Contaminan el aire todo el tiempo. Algunos, incluso, matan a los animales como tú o como yo solo por deporte.

—¿Y qué me recomiendas hacer, tortuga?

—Tener mucho cuidado.

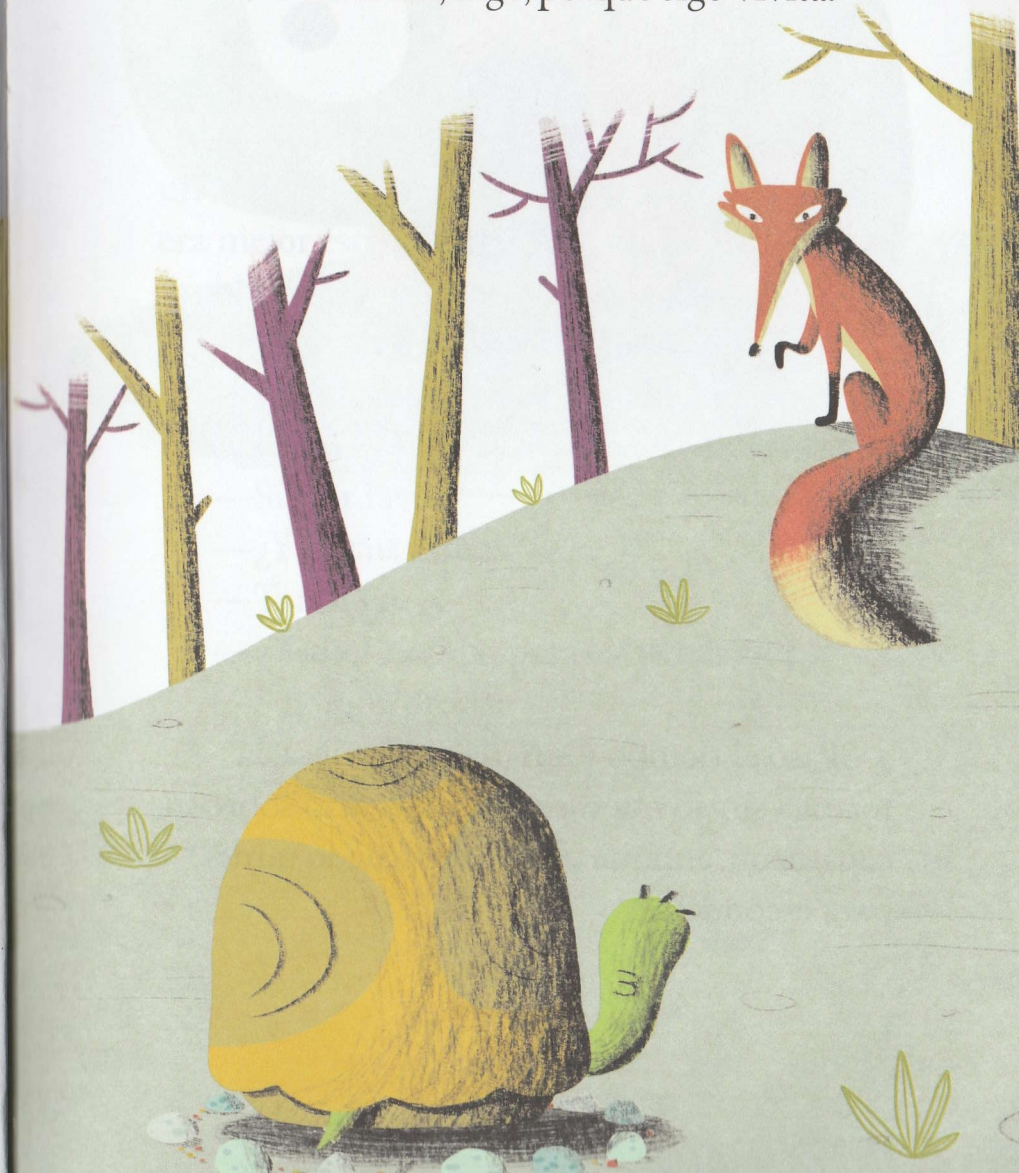


—Ya, me quedó claro. Cuéntame otras cosas. ¿Qué historias conoces en que los zorros hayan escapado de los humanos?

—Puf, me sé montones. ¿Tienes tiempo? Y en eso estuvieron horas y horas.

—Ya oscureció y me voy. Chao, tortuga. La verdad es que lo he pasado mejor escuchándote que comiéndote.

—Yo también, digo, porque sigo vivita.





Pasó el tiempo y, un día cualquiera, la tortuga sintió nuevamente una garra sobre su caparazón, aunque ya era demasiado tarde para esconderse.

—No te preocupes, no te comeré —dijo un zorro—. Me envió mi primo. Me dijo que era mejor escucharte que comerte. Tengo un problema con unos humanos que me persiguen y él dijo que podías aconsejarme.

—Aaah, ¿quieres que te hable de sus trampas?

—Sí, por favor.

—¿Y de sus armas?

—También.

—¿Tienes tiempo para escucharme?

—Soy todo orejas.

Entonces, la tortuga hizo memoria y recordó todas las veces en que la astucia del zorro venció al ataque de los hombres. Eran historias de triunfo animal que no estaban escritas en libro alguno, solo guardadas en su memoria.

—Gracias, vieja, me has ayudado mucho. ¿Puedo devolverte el favor de alguna manera?



—Recomendando a tus amigos que no me coman, por favor.



Y desde ese día fue que insectos, pájaros y animales llegaron hasta la tortuga para pedirle consejos. Porque ella, vieja y con buena memoria, siempre tenía alguna ayuda que entregar.



Si hasta algunos Súper la visitaron, como Súper Chingue, que tenía serios problemas para encontrar polola. Es que no entendía que ellas iban a ser igual de hediondas que él, entonces no tendría problema.



La tortuga les daba a todos un buen consejo porque así sí podía ayudar.

Era una tortuga lenta, pero sabia y de buena voluntad. Y en lugar de decirle Súper Tortuga, con mucho respeto, todos la comenzaron a llamar Tortulenta. Porque era muy simpática y buena onda, pero pucha que era lenta.